

Santos Juliá *in memoriam*

La muerte de Santos Juliá, en octubre de 2019, ha significado una pérdida inmensa para la historia contemporánea de España. Ante todo, porque fue el mejor conocedor del siglo XX español, del que describió multitud de aspectos. Aunque se centró especialmente en Manuel Azaña y la II República, dedicó también sólidos trabajos a la historia del PSOE, la de Madrid, los intelectuales españoles en el XIX y XX, el debate sobre las dos Españas, la Guerra Civil, el Franquismo, la relación entre historia y memoria, la cultura antifranquista, la Transición y el supuesto fracaso o anormalidad en la historia de España.

Lo peculiar de sus escritos no era su riqueza de datos, con ser mucha, ni su gran conocimiento del período, sus acontecimientos y personajes. Lo era la racionalidad de su explicación y la coherencia de fondo entre todo su trabajo. Porque él tenía una idea guía, un esquema explicativo que subyacía y daba coherencia a sus tesis. En síntesis, esa idea consistía en que la construcción de un Estado que funcione es requisito esencial para la modernización y la democratización de una sociedad. Con lo que pudo centrarse en el desarrollo del Estado en el caso español y valorar a los personajes o episodios que estudió por su contribución a ese desarrollo.

Por poner un ejemplo de su manera de trabajar, interpretó la Segunda República como el primer experimento auténticamente democrático en la historia del país, que debía ser estudiado en sí mismo, no como mero preludeo a la Guerra Civil. Un experimento ocurrido en una sociedad que en los treinta años anteriores había vivido un fuerte cambio económico y cultural, que había generado un mundo urbano secularizado y moderno, libre ya de controles clericales y caciquiles, a la vez que pervivía otro mundo rural, carente aún de una clase media fuerte. Dentro de ese marco social y cultural, la República debía estudiarse no a partir de las ideologías, los discursos, los grandes proyectos políticos o sus supuestos protagonistas abstractos

—el pueblo, el proletariado, la burguesía—, ni desde luego a partir de ningún fatalismo racial, sino a partir de las luchas por el poder y sus protagonistas concretos —partidos, sindicatos, instituciones, líderes. Fueron los rasgos que caracterizaban a esas instituciones y la actuación de los personajes que las dirigieron los que explican el curso de aquel régimen. Y la conclusión era que lo que dominó fue la fragmentación, más que la polarización; la inexistencia de unidad, tanto obrera como patronal. Más que un enfrentamiento entre clases, lo que hubo fueron problemas en la representación política de intereses y grupos sociales; rivalidad entre la UGT y la CNT, por ejemplo, o pugnas internas entre PSOE y UGT, o incapacidad del Partido Radical de representar y defender los intereses de los pequeños y medianos patronos. Lo cual es muy distinto a caracterizar al sistema como débil. O como destinado, ineluctablemente a la Guerra Civil.

En conjunto, Santos Juliá no fue un intelectual fácil de catalogar. Ni se adscribió a ninguna escuela historiográfica ni defendió ningún gran relato. Prefirió analizar problemas concretos, nunca pequeños, para los que ofreció interpretaciones que huían de la simplicidad y el maniqueísmo: datos contrastados, explicaciones razonadas y ningún recurso a metáforas y fuegos de artificio. Representó, como nadie, la historiografía española de la democracia, la posterior a la muerte de Franco, marcada por la crisis del marxismo, la reintroducción de lo político, la renuncia a esencialismos o metafísicas nacionalistas y la búsqueda de modelos y conceptos generalizables, válidos para diversos países y épocas; la profesionalidad, en definitiva. Es lo que representa hoy su escuela, porque dejó tras sí una; y muy buena.

Santos Juliá analizó la historia de España con objetividad y pasión. No se conformó con los lugares comunes heredados y frente a ellos investigó y razonó. Además de historiador, supo ser un ciudadano ejemplar, preocupado por su entorno y su momento. Porque también opinó sobre la actualidad política, sobre los conflictos inmediatos, con claridad y contundencia, sin preocuparse por insultos ni enzarzarse en polémicas. Su muerte es una enorme pérdida, no sólo para los historiadores, sino para todos quienes seguían sus escritos y tanto aprendieron, tanto aprendimos, de él.

José Álvarez Junco,
*ha sido catedrático emérito de Historia del Pensamiento
y de los Movimientos Políticos y Sociales en la
Universidad Complutense de Madrid.*